

Crisis, economía doméstica y (re)organización social de los hogares de clase trabajadora

Mercedes González de la Rocha (CIESAS Occidente)

Introducción

Este texto se basa en la primera investigación longitudinal rigurosa a una muestra analítica amplia de hogares antes y después de la crisis de 1982 en México. Dicha investigación fue realizada en la ciudad de Guadalajara y sus resultados fueron confirmados por numerosas otras investigaciones realizadas en otras ciudades del país (Selby, Murphy y Lorenzen, 1991, en Oaxaca; Chant, 1991 en Querétaro, León y Puerto Vallarta; y Bazán, 1998; Estrada, 1999; y Benería, 1992, en la Ciudad de México). Aunque en los años noventa del siglo XX proliferaron las publicaciones y compilaciones sobre las estrategias familiares que amortiguaron el impacto de las crisis económicas (véase, por ejemplo, el texto de Tuirán, 1993), el estudio de Guadalajara no solo fue el primero en su tipo (con resultados desde 1986), sino que, además, se basó en observaciones y registros etnográficos sobre el mismo grupo de personas y grupos domésticos de manera repetida a lo largo del tiempo: antes, durante y después de la crisis económica de los ochenta (de ahí su carácter longitudinal). Este capítulo tiene el objetivo de documentar los principales cambios que tuvieron lugar en la economía y en la organización social de los hogares urbanos de escasos recursos durante la crisis económica que tuvo lugar en México durante los años ochenta del siglo pasado y, en particular, las implicaciones de estos cambios en la vida de los jóvenes, tanto hombres como mujeres.¹ ¿Cuál fue el impacto de la crisis en las condiciones de vida de los pobres trabajadores y sus familias? ¿Qué implicaciones tuvo en la vida de las personas? ¿Cuáles fueron los costos sociales de la crisis de la deuda en México? ¿Se trató, acaso, de un impacto del que los pobres lograron recuperarse al cabo de los años? O bien, ¿dejan huella permanente esas vertiginosas y profundas transformaciones, de manera que se pueda hablar de un menoscabo en la calidad de vida que va multiplicándose a lo largo del tiempo?

¹ La crisis de la deuda explotó en México en agosto de 1982 y afectó a toda América Latina. La llamada década perdida en América Latina fue el producto de un complejo conjunto de procesos y elementos como la crisis del petróleo, procesos de severa devaluación de la moneda, mayores constreñimientos para pagar la deuda externa y la acumulación de préstamos internacionales durante las dos décadas previas. Los efectos de estos procesos macroeconómicos no tardaron mucho en sentirse en la vida y las economías de las personas de carne y hueso: los ingresos se desplomaron, aumentó el desempleo y los escasos ingresos se pulverizaron ante procesos inflacionarios nunca antes vistos.

No existen respuestas simples a las preguntas anteriormente enunciadas. La postura de quien esto escribe, construida a la luz de varias décadas de investigación sobre la vida de los pobres y los cambios forzados por las crisis económicas, es que los procesos de cambio económico tienen un impacto profundo en la vida de las personas, en sus familias y grupos domésticos. Una crisis económica como la que sufrimos en México al inicio de los años ochenta del siglo XX, merma las capacidades de la gente no solo al momento en el que la crisis se presenta sino también en el futuro. Por ello resulta imprescindible tomar en cuenta que las oportunidades futuras y las perspectivas de vida de las personas pueden ser drásticamente afectadas por el cambio económico. Los responsables de la política pública (que incluye la política económica y la política social) deben comprender que sus acciones no operan en el vacío. Como aquí se podrá apreciar, el empobrecimiento de la dieta, la intensificación del trabajo, el gradual deterioro de la salud, la falta de tiempo para el cuidado y el autocuidado, o la deserción escolar, no suceden sin menguar el bienestar. Los grupos domésticos y las familias procuran adaptarse al cambio, instrumentando nuevos arreglos y prácticas de defensa. Algunos escenarios domésticos tienen más éxito que otros dependiendo de los recursos que tengan a su alcance.² En este capítulo pretendo hilvanar retazos del tiempo histórico con relatos del tiempo familiar e individual para dar cuenta de procesos que, aunque tuvieron lugar en el pasado, tienen implicaciones concretas en el presente.³

Aunque en este texto me enfoco en las particularidades en las que una crisis económica transforma las condiciones de vida y las oportunidades –presentes y futuras- de los jóvenes, es necesario hacer un esfuerzo para no aislar a los y las jóvenes de sus contextos. Los grupos domésticos son los entornos sociales más inmediatos de las personas. Aunque sin duda han

² Tal fue el caso, por ejemplo, de los hogares extensos –o sea, conformados por más de un núcleo conyugal- durante esos años de crisis. La presencia de un mayor número de adultos capaces de participar en el mercado laboral y de generar un ingreso, los hizo más fuertes, más resistentes y, por lo tanto, menos vulnerables.

³ Sería muy interesante comparar las condiciones de vida aquí narradas con las de los hogares estudiados en el proyecto que dio lugar a la publicación de este libro. Sin embargo, mi tarea fue escribir sobre los resultados de mi investigación sobre la crisis de los años ochenta en la economía y organización de los hogares de clase trabajadora y no la de comparar dichos resultados con los de este proyecto, tarea que requiere de tiempos más largos y que pretendo hacer en el futuro. Afirmar que los niños de los hogares estudiados por quien esto escribe en los años ochenta del siglo XX son los padres y madres de familia de los jóvenes estudiados en el proyecto actual sería, en mi opinión, una arriesgada especulación. Sin embargo, es válido afirmar que las condiciones de vida del presente se han construido a lo largo de la historia de las familias y que los resultados de la investigación sobre el impacto de la crisis de los años ochenta sin duda tiene una dimensión diacrónica más amplia, particularmente si se toman en cuenta los resultados de las investigaciones que la misma autora realizó a lo largo de las dos décadas siguientes (González de la Rocha, 1988; 1991; 1992; 1993; 1995; 1999; 2000; 2001).

existido y siguen existiendo casos en los que los menores viven solos, en la investigación realizada durante la crisis de los ochenta del siglo XX, en Guadalajara y en otras ciudades del país, las niñas, los niños y los jóvenes formaban parte de hogares con características propias y con distintos “equipamientos” de recursos para enfrentar la adversidad (Moser, 1996, González de la Rocha, 1994). La estructura, organización y las relaciones sociales al interior de los grupos domésticos moldean significativamente las opciones y posibilidades que sus miembros tienen a lo largo de la infancia y adolescencia. Un hogar con varios adultos generadores de ingresos, cuya suma garantiza que los niños, las niñas y los jóvenes de ambos sexos no se vean forzados a dejar la escuela para vender su fuerza de trabajo es, sin duda, contrastante con otro hogar –aún de la misma clase trabajadora- en el que estos jóvenes dejan sus estudios precozmente para asumir responsabilidades de adulto en empleos precarios con salarios magros y nulas prestaciones. El futuro de estos individuos será, sin duda, diferente.

Grupos domésticos, crisis y desigualdad

El énfasis en el grupo doméstico como la unidad de análisis para entender la coexistencia –a veces en tensión- de las dinámicas económica y de cuidado resulta mucho más útil que el énfasis en el individuo para analizar y entender las formas en las que las personas responden a las crisis económicas, se involucran en actividades productivas y llevan a cabo tareas reproductivas y de consumo (Pahl, 1984) y, a través de estas tareas, construyen su bienestar.

Del trabajo de Milanich (2001) y de otros autores (Pahl, 1984; González de la Rocha, 1986 y 1994) se puede derivar una afirmación crucial para la comprensión de procesos y dinámicas de los grupos domésticos y las familias: el ámbito doméstico/familiar puede ser un espacio de cuidado y formación para una vida adulta autónoma y plena, u otro de subordinación, explotación de los menores y apropiación del trabajo de los hijos biológicos o de crianza.⁴ Es decir, los grupos domésticos no son necesariamente ámbitos de armonía e igualdad. No solo existen grupos domésticos distintos (algunos donde niños y niñas encuentran cuidados y afecto, y otros donde los niños, las niñas y los jóvenes son tratados como una clase subordinada de personas en condiciones de desigualdad social), sino que un mismo hogar tiene aspectos de solidaridad, conflicto y

⁴ Para Milanich (2001), las crisis familiares, la orfandad y la pobreza en los hogares de origen anteceden y causan un fenómeno extendido en América Latina y muy arraigado en la cultura popular: la circulación de los menores (la crianza de menores en hogares de personas que no son sus progenitores o en instituciones). La crianza de menores por personas que no son sus progenitores es particularmente frecuente en regiones y países donde la migración laboral (o como respuesta a la inseguridad) es un fenómeno extendido.

negociación, ayuda mutua y desigualdades de género y edad (González de la Rocha, 1986; 2004). Los hogares son escenarios sociales donde coexisten intereses colectivos e intereses individuales, con claras jerarquías sociales y dinámicas que favorecen más a algunos miembros que a otros.⁵ La relación de protección que supuestamente existe entre los adultos y los niños, niñas y adolescentes de un hogar también se puede deteriorar como resultado de la violencia, la inseguridad, el desempleo y otros problemas relacionados.⁶

La Convención sobre los Derechos del Niño (CDN) obliga a los Estados a adoptar medidas legislativas y administrativas para dar efectividad a los derechos económicos, sociales y culturales de las niñas, los niños y adolescentes (NNA).⁷ Empero, la sobrevivencia, el cuidado y la formación de las nuevas generaciones han estado tradicionalmente en manos de la familia con muy poco apoyo del Estado. En México, como es el caso de muchos otros países, las condiciones de pobreza de la mayoría de los hogares afectan la capacidad de cumplir con dichas responsabilidades. Además, la inseguridad y la violencia se han incrementado y representan un riesgo para el bienestar y un obstáculo para el ejercicio de los derechos de las niñas, de los niños y de los jóvenes. Las crisis económicas, la precariedad del empleo y los deficientes e insuficientes servicios públicos (de educación, salud y de cuidados para los niños y niñas) se encuentran en tensión con las responsabilidades familiares. Los niños y jóvenes de ambos sexos se encuentran en situaciones sociales muy disímolas. El análisis social (antropológico y sociológico) empírico es el que permite entender cómo se construyen esas diferencias. Es necesario avanzar en el conocimiento de la dinámica económica y social de los hogares para lograr entender los factores y procesos que conducen a los cambios en el bienestar de las nuevas generaciones, su vulnerabilidad, los riesgos a los que se enfrentan y los recursos que tienen a la mano, para responder a dichos cambios. Es ahí, en el seno de los hogares y en función de los recursos económicos y sociales existentes y las oportunidades para tener acceso a ellos, donde el bienestar, el cuidado y la formación de sus miembros se construye o se deteriora. La observación cuidadosa de estos escenarios de

⁵ Según mis análisis, los miembros menos favorecidos en los grupos domésticos, dadas las desigualdades de género y edad, son las mujeres y los niños (González de la Rocha, 1986 y 1994; González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990).

⁶ Es necesario incluir, como parte de estos procesos, la migración de trabajadores y trabajadoras que se ven forzados a dejar a sus hijos bajo el cuidado de otras personas, parientes o no, y el trabajo asalariado de las mujeres en la maquila industrial que, como sabemos, es frecuentemente realizado en condiciones de muy escasa flexibilidad y con jornadas largas y extenuantes. Todo ello conduce a situaciones en las que es cada vez más difícil, para los padres, ejercer su papel de protectores y proveedores de cuidados (además del de proveedores económicos).

⁷ NNA se refiere al conjunto de personas menores de 18 años.

sobrevivencia es un paso imprescindible para entender los principales problemas que afectan a las nuevas generaciones. Un análisis realizado por UNICEF (2010) plantea que las necesidades básicas insatisfechas en los hogares extremadamente pobres es uno de los factores que llevan a niños, niñas y jóvenes a abandonar sus hogares para vivir en las calles. Es decir, *la situación de calle* es muchas veces el resultado de todo un conjunto de desventajas en el seno de los hogares de origen.⁸

Los cambios en el bienestar y en las oportunidades de las y los menores y jóvenes pueden no ser idénticos a los que sufren otros miembros de sus hogares de origen y residencia. Los jóvenes enfrentan riesgos específicos, como el riesgo a caer en el consumo de drogas y el pandillerismo, el riesgo de ser expulsados de la escuela o ser víctimas del desánimo y desinterés en la educación, el riesgo de ser maltratados y sexualmente agredidos por parte de maestros, padrastros -o incluso padres. Sin embargo, además de los riesgos particulares que los jóvenes enfrentan, las condiciones de escasez y las posibilidades de respuesta a los cambios en el entorno de los hogares los marcan con su sello. El ejemplo más claro se puede observar en el trabajo infantil como uno de los mecanismos de sobrevivencia que los hogares pobres ponen en práctica o el efecto negativo del deterioro de la capacidad de generación de ingresos del proveedor principal del hogar en el bienestar infantil.⁹ Para sustentar esta afirmación y mostrar que las oportunidades de las niñas, niños y jóvenes están moldeadas por las características de sus hogares de origen (que inciden en la capacidad de acceder y movilizar recursos para enfrentar los cambios –sean económicos, sociales o del medio ambiente-), basta reflexionar en torno al Índice de Oportunidades Humanas (IOH) construido por Paes de Barros et al. (2008). Este índice toma como indicadores básicos algunas características de los padres y de los hogares y nos permite entender las diferencias en el bienestar y la desigualdad de oportunidades de los niños y jóvenes en América Latina. ¿Cómo influyen las circunstancias personales en el acceso de la infancia y la juventud a los servicios básicos necesarios para una vida (futura) productiva?¹⁰ El objetivo de estos autores fue averiguar hasta qué punto se ve afectada la probabilidad que tiene un menor de acceder a

⁸ Véase González de la Rocha (2017) para una definición del concepto *desventajas acumuladas* y González de la Rocha y Villagómez (2006) para su operacionalización en análisis concretos.

⁹ Véase, por ejemplo, el análisis de Pryer (1989) sobre la relación entre la enfermedad crónica (que incapacita al enfermo para el trabajo) del principal proveedor del hogar y la presencia o incremento de desnutrición infantil.

¹⁰ Por circunstancias personales, Paes de Barros et al. (2008) se refieren a: género, etnicidad y raza, educación de los padres y las madres, área de residencia (rural/urbana), composición del hogar e ingreso per cápita del mismo.

saneamiento básico, agua potable y electricidad, o la de finalizar el sexto grado de educación básica a tiempo por causa de su sexo, su raza, el analfabetismo de su madre o el bajo salario de su padre. Los datos que analizan representan a la población total de cerca de 200 millones de niños de entre cero y dieciséis años de diecinueve países de América Latina y el Caribe. El IOH muestra que una buena parte de las desigualdades que se observan en los ingresos de los adultos latinoamericanos:

...se debe a las circunstancias que enfrentaron cuando iniciaron sus vidas... y aunque su raza, género y lugar de residencia jugaron un papel, ninguna circunstancia tuvo tanto peso como la educación de su madre y los ingresos de su padre... los latinoamericanos tienen razón de sentir que están desfavorecidos por un terreno de juego que no está nivelado, porque no lo está (Paes de Barros et al., 2008: 10).¹¹

De acuerdo con este análisis, las condiciones socioeconómicas de los hogares, los entornos sociales más inmediatos de los niños y los jóvenes, son cruciales para entender el acceso desigual a las oportunidades. El IOH es una medida sintética de la desigualdad en el acceso de los niños los servicios básicos.¹² Por un lado, mide cuántas oportunidades están disponibles o la tasa de cobertura de un servicio básico; por otro lado mide cuán equitativamente están distribuidas las oportunidades o si la distribución está relacionada con las circunstancias personales mencionadas anteriormente. Las condiciones socioeconómicas de los hogares, las dinámicas familiares, el género y la posición del grupo doméstico en la estructura social y ocupacional más amplia siguen determinando el acceso que los niños y las niñas tienen a las oportunidades para construir sus vidas. Esto quiere decir que el acceso de las niñas, niños y jóvenes a oportunidades básicas en educación y vivienda sigue siendo muy desigualmente distribuido en casi toda América Latina y el Caribe.

Los principales marcadores sociales que operan en la desigualdad en el acceso de los niños y adolescentes a la educación y a los servicios básicos son, según Paes de Barros y sus colaboradores, la educación de padres y madres, el área de residencia y los ingresos de los padres.

¹¹ El IOH, nos dicen los autores, brinda una evaluación *ex ante* sobre las probabilidades que tienen los niños de que les vaya bien y muestra los obstáculos que los menores necesitarán superar. A diferencia del IDH (Índice de Desarrollo Humano) que es una lectura *ex post* sobre cuán bien les fue a los adultos, el IOH mide la desigualdad de oportunidades que crea diferencias injustas al inicio de la vida.

¹² En el IOH incluyen dos variables relacionadas con la educación: 1) finalización del sexto grado a tiempo y 2) asistencia escolar de niños y niñas entre 10 y 14 años; y tres variables sobre las condiciones de la vivienda, íntimamente relacionadas con la salud: 1) acceso a agua potable, 2) saneamiento y 3) electricidad.

Otros marcadores importantes son la etnicidad y el sexo (Paes de Barros *et al.*, 2008).¹³ Los hogares cuyos niños y jóvenes enfrentan más obstáculos para tener acceso a oportunidades y tienen menos probabilidad de acceder a los servicios de educación, vivienda, agua y de saneamiento son aquellos donde los padres y madres tienen escasa o nula escolaridad, ingresos muy bajos y se encuentran en comunidades y barrios marginados. Ser niña y ser indígena hace las cosas aún más difíciles. Disminuye la posibilidad de acceder a los servicios y aumentan las barreras para gozar de dichos servicios.

Aunque en México se lograron avances importantes en el IOH para educación y vivienda (de 1995 a 2005) y los índices en estos campos están por encima del promedio de la región, la desigualdad en el acceso a oportunidades sigue representando un grave problema. Al considerar el índice resumen (que sintetiza tanto los índices en educación como los de vivienda y acceso a servicios públicos) también se observa que el de México está por encima del promedio de la región. El IOH mexicano es superior al de muchos países latinoamericanos, particularmente los de Centroamérica y también al de Brasil y Colombia, pero está por debajo del índice de Chile, Argentina, Costa Rica, Uruguay y Venezuela (Paes de Barros *et al.*, 2008). Mientras más bajo es el índice, menor es la cobertura de los servicios y más desigual es su acceso a ellos. Es decir, los marcadores personales y sociales siguen determinando su acceso.

Este capítulo está basado en el análisis de una investigación longitudinal que la autora llevó a cabo en los años ochenta del siglo pasado.¹⁴ Los grupos domésticos estudiados en la investigación tenían las características que Paes de Barros y sus colaboradores atribuyen a los hogares donde el IOH es más bajo o, dicho de otra forma, donde los niños y jóvenes son víctimas de mayor desigualdad en el acceso a los satisfactores de necesidades básicas (como el agua) y en el acceso a la educación. Ahora imaginemos estos hogares –y a estos niños y jóvenes– durante una crisis económica caracterizada por severos recortes en los subsidios a alimentos de consumo popular, el descenso del gasto gubernamental en el desarrollo social (como salud y educación), la caída estrepitosa de los ingresos y procesos de inflación galopante. Este capítulo da cuenta de los cambios observados en la organización social de la pobreza, las economías de los hogares, el papel

¹³ La metodología y el proceso analítico de este estudio puede consultarse directamente en Paes de Barros *et al.*, *op. cit.*

¹⁴ En contraste con los estudios transversales (o estáticos) las investigaciones longitudinales se basan en la recopilación de observaciones sobre el mismo grupo de personas de manera repetida a lo largo del tiempo. Una investigación longitudinal se basa en el análisis de procesos con la singularidad de que se registran los cambios en el mismo universo de individuos o familias a lo largo de los años.

de los jóvenes en la instrumentación de las estrategias de sobrevivencia durante la llamada década perdida y los costos sociales de todos estos cambios.

Escenario de la investigación

Aunque los años a los que me estaré refiriendo en este texto corresponden al pasado y, en ese sentido, este es un recuento histórico de sucesos que tuvieron lugar durante el periodo de tiempo entre 1982 y 1987 (hace 30-35 años), el artículo está basado en información recopilada por la autora mediante el método etnográfico. A lo largo de tres largos periodos de trabajo de campo realizados en tres años distintos de la década de los ochenta -1981-2, 1985 y 1987- registré en mis diarios de campo los contenidos de las entrevistas semiabiertas y de las conversaciones formales e informales con los sujetos de estudio. Con la aplicación de un guion de entrevista a 99 grupos domésticos –que llamamos encuesta pero que requería al menos de tres o cuatro visitas largas, de aproximadamente tres horas cada una, para ser completada- se obtuvo un panorama más amplio del proporcionado por los estudios de caso realizados a lo largo del trabajo de campo.¹⁵ Los estudios de caso aportaron la profundidad que se requiere para entender los procesos, para relacionar eventos y cambios a lo largo del tiempo, para comprender los significados que para las personas tienen sus relaciones sociales y sus prácticas, y para entender las percepciones sobre las alteraciones que sus vidas estaban sufriendo. Mediante la observación participante, tuve acceso a todo un conjunto de elementos –que a veces se escapan en el curso de las entrevistas- de la reestructuración de la vida de las familias y grupos domésticos que formaron parte de mi estudio.¹⁶ La investigación tuvo lugar en distintos asentamientos populares de la ciudad de Guadalajara –barrios de trabajadores- porque mi interés era conocer el impacto de la crisis en la vida de las mujeres y los hombres trabajadores (obreros, empleados de los servicios, autoempleados) y sus familias, no la vida de los integrantes de la clase media o incluso de las más acomodadas, tarea que llevé a cabo en años posteriores.¹⁷ Tanto el trabajo de campo realizado en

¹⁵ Esta “encuesta” fue aplicada por un equipo de antropólogas y sociólogas con experiencia en trabajo de campo etnográfico. Ninguna entrevista inició antes de haber obtenido la confianza de los sujetos de estudio mediante el establecimiento del *rapport* para, con ello, garantizar la calidad del dato.

¹⁶ Las entrevistas (abiertas, semiabiertas) para la construcción de los estudios de caso y en general todo el trabajo de campo etnográfico de los tres años fueron realizados por quien esto escribe.

¹⁷ En un análisis comparativo entre las respuestas al cambio económico de hogares de clase trabajadora y de clase media, con trabajo de campo realizado en Guadalajara y Monterrey, encontré que los grupos domésticos de clase media habían sufrido un muy severo impacto de la crisis económica. De hecho, afirmé que sus niveles de ingreso habían disminuido muy notablemente y se habían vuelto casi tan pobres como los pobres porque, paradójicamente, se resistieron a adoptar una estrategia de pobres: sacar a los hijos de la

1985 como el que tuvo lugar en 1987 fueron seguimientos a los mismos hogares que habían sido estudiados en 1981-1982. Se mantuvo el universo original para lograr una investigación diacrónica con dos reestudios de los hogares que formaron parte de la muestra original. La idea era, como afirmé en los foros, congresos y seminarios donde los hallazgos fueron presentados, *tener los pelos de la mula en la mano* al respecto de los cambios que la crisis estaba produciendo en la vida de la gente.¹⁸ Fue imposible, sin embargo, mantener intacta la muestra original ya que en todo seguimiento hay pérdidas y fue necesario reemplazar estos casos con otros de características semejantes.¹⁹ Tuve la oportunidad de registrar las dificultades, pero también los gozos y satisfacciones de personas de escasos recursos que habitan la ciudad.²⁰ En 1982, cuando realicé el primer trabajo de campo, el interés era conocer la vida de los trabajadores pobres urbanos de Guadalajara (sin mención alguna a la crisis pues aún no se sospechaba su próximo arribo), sus estrategias de sobrevivencia y reproducción. En 1985 y 1987, con el objetivo explícito de averiguar el impacto de la crisis en las condiciones de vida de los hogares de los trabajadores, se realizaron réplicas del estudio original. Afortunadamente, el estudio de 1982 había incluido la recopilación sistemática de datos sobre los patrones de consumo (qué se consumía, cuánto y cada cuándo), sobre la organización social del trabajo y las fuentes de los ingresos de cada uno de los hogares estudiados (quiénes participaban en el mercado de trabajo y qué tipo de ocupaciones y empleos tenían, sus contribuciones a la economía del hogar, en dinero y en especie, entre otros temas). Sin saberlo, en 1982 estaba sentando las bases de lo que sería uno de los muy pocos estudios etnográficos longitudinales sobre la crisis a lo largo de esa década y construyendo los cimientos de

escuela para integrarlos al mercado laboral para aumentar, con ello, la generación de ingresos (González de la Rocha, 1995).

¹⁸ En aquellos vertiginosos años se generó mucho interés y preocupación por el tema del impacto de la crisis. Pero pocos –académicos, periodistas, funcionarios públicos– tenían la ventaja de hablar con información sistemáticamente recopilada. Solo dos estudios, a mi entender, contaban con el rigor y la evidencia empírica para respaldar afirmaciones sobre dicho impacto: el coordinado por Clara Jusidman en el Instituto Nacional del Consumidor y el realizado por el grupo de antropólogos bajo mi dirección en Guadalajara.

¹⁹ De los 99 hogares estudiados en 1982 se encontraron 65 en 1985 (34 se perdieron por diversos motivos – habían migrado a otras ciudades o se habían mudado de casa y los vecinos no conocían su paradero–, y en 1987 hubo una pérdida similar de casos). Tanto en 1985 como en 1987 se eligieron hogares de reemplazo para sustituir los casos perdidos. Los hogares de reemplazo fueron seleccionados manteniendo las características básicas de los previos (en términos de su composición, etapa del ciclo doméstico y ocupaciones de sus miembros).

²⁰ Por fortuna, y para mi sorpresa, los diarios de campo se encontraban, junto con otros materiales de esa investigación (recortes de periódico, corridas de análisis estadístico), en un rincón de un librero en mi oficina con lo que se confirma que los diarios de campo son celosamente guardados por los antropólogos, aun por los menos disciplinados.

lo que con el tiempo se convirtió en un modelo o un conjunto de nociones articuladas para explicar la dinámica de la sobrevivencia y las transformaciones que el cambio económico más amplio imprime en el bienestar de los grupos domésticos de los trabajadores urbanos (González de la Rocha, 1986, 1991, 1994, 2000 y 2001). Se puede afirmar que, a pesar de que la crisis explotó formalmente en 1982, los estragos de la misma se empezaron a sentir en el seno de los hogares y en las vidas de las personas poco después de que el primer trabajo de campo finalizó. Por eso, las condiciones de vida descritas con los materiales etnográficos recopilados en 1981-1982 son considerados como las que prevalecían justo antes de la crisis que azotó las economías de los hogares al mismo tiempo que hizo temblar la economía del país.

Las decisiones sobre las investigaciones realizadas en 1985 y 1987 se tomaron sin complicaciones: simplemente se replicaría el estudio realizado en 1982 porque este contenía el tipo de información que se requería para lograr los objetivos: entender la manera en la que el cambio económico –la crisis, la reestructuración económica y las reformas que le siguieron- estaba afectando a las personas, tanto en términos de sus posibilidades de satisfacer sus necesidades básicas (consumo, recreación, educación, salud) como de sus respuestas a la exigencia de trabajar más con la finalidad de generar ingresos suficientes para sobrevivir. Este es un recuento de cómo reaccionaron o respondieron los hombres y las mujeres -los adultos, los jóvenes, los niños y los adultos mayores en el seno de sus grupos domésticos- a las dificultades, exigencias y crecientes constreñimientos causados por una severa crisis económica. Es necesario aclarar que el mío no fue un estudio de la crisis económica en sí misma (sus causas, los factores que la explican), sino de la forma en que esta incidió en la organización social de la pobreza en el seno de los hogares y la manera en la que los cambios económicos afectaron la vida de la población urbana de escasos recursos.

El impacto de la crisis económica en la economía y la organización social de los hogares

Durante la investigación realizada en 1982, tuve acceso a información sobre distintos asentamientos populares de la ciudad de Guadalajara y sobre las características de los grupos domésticos que habitaban esos espacios urbanos. Los recorridos etnográficos y las entrevistas que realicé desde los primeros días de junio de 1981 aportaron información muy relevante sobre la heterogeneidad de los distintos asentamientos y, también, sobre las características de grupos domésticos en términos de sus estructuras ocupacionales, la división del trabajo y las relaciones sociales de apoyo entre parientes, amigos y vecinos. La información recabada durante 1981 y 1982

aportó elementos para afirmar que los trabajadores y habitantes pobres de la ciudad de Guadalajara lograban sobrevivir mediante estrategias colectivas de trabajo que incluían a más de un miembro del hogar. Por un lado estaban quienes generaban un ingreso monetario (sobre todo los varones adultos), pero también muchas mujeres adultas-madres, quienes combinaban todo un conjunto de tareas domésticas y del ámbito del cuidado –tareas reproductivas- con actividades encaminadas a la generación de ingresos.²¹ Fue posible advertir un patrón: la participación de las mujeres en el empleo tenía altibajos, dependiendo de las presiones del hogar y de las posibilidades de combinar el trabajo reproductivo (incluidas, por supuesto, las labores del cuidado) y el trabajo remunerado. Las mujeres casadas procuraban, durante la etapa de expansión del ciclo doméstico, actividades flexibles que pudieran realizar en sus propias casas sin descuidar el cuidado de los hijos o simultáneamente al *quehacer*. Cuando los hijos crecían, ya en una etapa de mayor equilibrio entre los generadores de ingresos y los dependientes, las esposas/madres se replegaban en el hogar, delegando en los hijos mayores la tarea de complementar el ingreso del principal proveedor.²² La cantidad de trabajo reproductivo, siempre en manos de las mujeres independientemente de su papel como proveedoras o coproveedoras económicas, depende de la composición y el tamaño de los grupos domésticos. En los hogares numerosos, el trabajo aumenta. En los grupos domésticos donde hay más de una mujer adulta, la carga se negocia y divide entre ellas. Las mujeres casadas y con hijos que trabajaban a cambio de un salario, lo hacían en 1982 en sus propias casas a través del sistema de maquila a domicilio. La mayoría de las mujeres que trabajaban en las manufacturas y los servicios fuera de sus propios domicilios, eran sobre todo jóvenes, solteras y con, al menos, la primaria terminada. Las casadas y con cargas domésticas permanecían en sus hogares cosiendo o produciendo algún otro bien para la venta, a cambio de ingresos magros pero en condiciones flexibles (productos –como pan o gelatinas- que los niños pequeños se encargaban de ofrecer a la venta por las calles del barrio). La vida de los hogares estudiados no era fácil antes de la crisis de 1980. Las mujeres y los hombres tenían que trabajar intensamente para ganar muy poco, de manera que no era posible mantener a una familia con el ingreso de un solo proveedor. La revisión de mis materiales etnográficos da cuenta de las enormes dificultades que estos grupos domésticos enfrentaban. Muchos jóvenes trabajaban

²¹ Los esfuerzos de las mujeres de combinar distintas actividades son enormes. La mayoría, sin embargo, de ellas lleva a cabo esta especie de magia con destreza y hasta con gracia, no sin una enorme dosis de riesgo de que alguna de ellas se le caiga de las manos. Se requiere de un cuidadoso equilibrio. Faur (2014), estudiosa de las prácticas del cuidado en manos de las mujeres, habla de ellas como “malabaristas”.

²² Véase González de la Rocha (1994) para la definición del ciclo doméstico, sus etapas, y sus efectos en el bienestar de los miembros del hogar.

ya desde los años precrisis. Muchos niños y niñas, incluso, participaban en estas estrategias colectivas de trabajo, edificadas sobre la diversificación de las fuentes de ingresos.

Aunque en Guadalajara, donde mi estudio fue realizado, no hubo despidos masivos como consecuencia de la crisis de los años ochenta, la ciudad experimentó la creciente informalización del empleo y la mayor segmentación entre las esferas formal e informal del mercado de trabajo (Escobar, 1988). Durante los años previos a la crisis, los trabajadores solían combinar empleos formales e informales de manera simultánea, en el curso de la jornada laboral, o iban de uno a otro tipo de empleo por temporadas a lo largo del año. En 1986 observamos una menor movilidad ocupacional entre los empleos formales y los informales. En cambio, los trabajadores enfrentaban, en 1985, en plena crisis económica, mayor incertidumbre laboral que se traducía en una considerable inestabilidad en el empleo, incremento del autoempleo ante la eventualidad y escasez del empleo formal, saturación del mercado informal de trabajo y menor permanencia en los empleos o autoempleos que la observada anteriormente. Tal era el caso de Modesto, un joven de 28 años, casado y padre de tres hijos y una hija (todos menores de seis años):

Modesto, en 1982, trabajaba en la empresa Asbestos de Occidente en el turno matutino y durante las tardes y los sábados se empleaba como albañil o vendía mercancías diversas de forma ambulante por la ciudad. Los cambios más sobresalientes en la vida de Modesto fueron los cambios laborales que tuvieron lugar de 1982 a 1985, mismos que tuvieron una incidencia clara en la vida de su esposa Mari Chuy y las de sus cuatro hijos. A fines de 1982, Modesto perdió el empleo en Asbestos de Occidente, empleo que le proporcionaba, además de su salario, acceso a los servicios públicos de salud (IMSS). Al salir de esa empresa se dedicó un tiempo a trabajar en la obra, en la industria de la construcción y, aunque su esposa se quejaba de que cobraba más barato que todos los albañiles, Modesto prefería abaratar su mano de obra para que no le faltara el trabajo. Hacia finales de 1983, porque necesitaban más dinero, Modesto tuvo que trabajar más (además del trabajo en la obra) y con dinero que recibió de su hermano recién llegado de Estados Unidos compró un triciclo, vasos y copas, y puso su propio negocio de preparación y venta de camarones y ceviche. Modesto se levantaba a las tres de la mañana para ir al mercado por los mariscos y el pescado, mientras que Mari Chuy, quien también se levantaba a esa hora para ayudarle, exprimía los limones, picaba la cebolla, el cilantro, el jitomate y las zanahorias para los cocteles de mariscos. Cuando Modesto regresaba del mercado, preparaban en grandes cubetas los cocteles con la ayuda de doña Mari, la madre de Modesto (quien vivía en el mismo solar aunque en su propio cuarto). Ya preparados el ceviche y el coctel de camarones se iban Mari Chuy y Modesto en el triciclo a venderlos. Procuraban lugares “donde la gente andaba”. Después de un año de trabajar en su propio negocio de producción y venta de alimentos, Chuy y Modesto decidieron dejar esa actividad porque sus clientes pedían fiado y al final no pagaban. Aunque Modesto tenía su libretita para que

los clientes se apuntaran cuando pedían fiado y, supuestamente, pagaran el sábado (cuando estos recibían sus salarios), pero “nunca pagaban. O no los volvíamos a ver o nos hacíamos bolas”. Durante los primeros seis meses de 1984, Modesto trabajó en unos departamentos localizados en la colonia Residencial Victoria como velador y haciendo el aseo de la obra. En parte, este trabajo coincidió con los últimos meses en los que Modesto y su esposa preparaban los mariscos y los vendían en el triciclo. Una vez que terminaban con la venta de sus productos Chuy se regresaba a la casa y Modesto se iba a los departamentos a fungir como intendente y, cuando dejaron de vender camarones, como velador durante toda la noche. En esos meses la misma Chuy se dedicó un tiempo a lavar y planchar en casas de familias de clase media cercanas al empleo de Modesto, en Residencial Victoria, mientras Doña Mari cuidaba a los dos niños grandes (Modesto y Chuy se llevaban a los chiquitos a Residencial Victoria). Modesto dejó el empleo de los departamentos (la construcción de los mismos terminó y ya no requirieron los servicios de un velador) y entró a trabajar en una aceitera, en la sección de albañilería. En enero de 1985 se acabó el trabajo en la aceitera y se dedicó a vender aretes por las calles de Guadalajara e, incluso, en Tepic (donde vivía una de sus hermanas y se ahorra el hotel) y hasta en las playas de Nayarit y en pueblos y rancherías de Zacatecas. En eso estuvo tres meses y volvió de lleno a la obra, en Guadalajara, actividad que estaba realizando el 4 de marzo de 1985 cuando retomé el contacto con los miembros de este grupo doméstico (fecha del registro en el diario de campo). Cuatro meses después, según fue registrado en el diario de campo el 16 de julio de 1985, Modesto había dejado de trabajar en la obra para dedicarse al comercio ambulante de vajillas que ofrecía de puerta en puerta en rancherías y pueblos del Occidente del país. Hacía dos semanas que había empezado esta nueva actividad y ya había estado en lugares no tan cercanos a Guadalajara (como pueblos del estado de San Luis Potosí y Guerrero). Se iba los lunes y regresaba los viernes por la noche o el sábado temprano. Cada vajilla le costaba a Modesto 5,500 pesos pero él las vendía “a como se deje la gente”, a veces a 10,000, a veces a 8,500 o 7,000 pesos. Sus clientes, las señoras de los ranchos, pocas veces contaban con el dinero suficiente, de manera que le pagaban una parte en efectivo (en pesos o en dólares) y completaban el pago en especie: “la semana pasada llegó a Guadalajara con 20 dólares en efectivo, dos puerquitos (aunque uno llegó muerto y lo tiramos a la barranca) y un saco de frijoles de 50 kg La semana anterior trajo un guajolote, un pollo y una gallina...”. Como esa semana Modesto solo había llegado a casa con 20 dólares en efectivo, llegaron a un arreglo: el sábado cambiaron los dólares (330 pesos por dólar) así que, en total, su ingreso monetario fue de 6,600 pesos en efectivo.²³ De ese dinero usaron una parte para comprar en el Mercado de San Juan de Dios una maleta que Modesto necesitaba para transportar su ropa durante sus viajes. La maleta les costó 1,500 pesos. De ahí fueron a un puesto de hamburguesas donde gastaron 400 pesos. Esa noche fueron a cenar al puesto de una vecina que vende cenas, donde gastaron aproximadamente 600 pesos. Habían gastado 80 pesos en camiones urbanos cuando fueron a cambiar el dinero. Modesto le dio a Chuy

²³ Según información de El Colegio de Sonora (basada en información del Banco de México) la paridad de las divisas en 1985 era de 310.280 pesos por dólar, lo que confirma el dato etnográfico.

500 pesos para la semana, y se llevó lo demás (3,420 pesos), “ya que al cabo yo tenía los frijoles... me dijo: ‘ahí véndelos’”, y aretes de los que Modesto solía vender para que Chuy vendiera en caso de necesidad de dinero. Chuy gastó los 500 pesos que Modesto le dejó el mismo lunes en la compra de leche Liconsa (para los niños), huevos, tortillas y “cualquier otra cosita”. Ese mismo día, el lunes, Chuy corrió la voz de que tenía frijol para vender. En un ratito, dice ella, vendió la mitad del costal porque lo dio a 120 pesos el kilo (mismo que en el tianguis venden a 160 pesos el kg.): “voló como agua en un ratito” (sic). En septiembre de 1985 Modesto había dejado el negocio de la venta de vajillas y desde hacía un mes se estaba dedicando a la venta de ropa en los tianguis de Guadalajara, los domingos en el Baratillo, los lunes al tianguis de Lomas del Paraíso, y a tianguis más lejanos otros días de la semana. El viejo triciclo que compró con dinero que su hermano Nicolás le dio cuando volvió de Estados Unidos resultó muy útil para la venta de ropa porque podía transportarla sin que se arrugara (las camisas colgadas de la estructura de fierro del triciclo y los pantalones doblados en la caja del vehículo). Modesto aseguraba que la venta de ropa sí era negocio puesto que, por ejemplo, un domingo había vendido 60,000 pesos en mercancía que, descontando lo que tuvo que pagar por la misma, se tradujeron en 17,000 pesos de ganancia (pesos de fines de 1985).²⁴ La irregularidad de las actividades comerciales de Modesto no sorprende, si se toma en cuenta el desplome de las ventas de artículos domésticos y otro tipo de bienes de consumo que reportaba la prensa día con día en aquellos años. Una nota periodística de la época dice: “...se ha desplomado en un 39.2 por ciento la venta de artículos domésticos a consecuencia de la baja del poder adquisitivo de los trabajadores, la carencia de créditos y cierre de pequeños y medianos establecimientos distribuidores de estos productos” (La Jornada, 1 de octubre de 1985). En noviembre de ese año, Modesto regresó al trabajo de construcción en calidad de albañil pero seguía con la venta de ropa en los tianguis. Con el rostro cansado pero esperanzado afirmó: “ahora que se acerca la Navidad las ventas de ropa en los tianguis tienen su buena época”. El 20 de ese mes no hubo trabajo en la obra (día de asueto obligatorio) por lo que Modesto y Chuy aprovecharon para ir al tianguis. Se fueron muy de mañana con el carrito a instalar el puesto. Con la ayuda del hijo mayor (siete años), de apodo Prietito, empujaron el triciclo por las calles irregulares y empinadas de la barriada hasta llegar a la Calzada Independencia, donde Modesto subió a pedalear para llevar el triciclo al tianguis. Ese día había mucha gente en el tianguis por ser día de asueto pero, desencantado, Modesto afirmó: “sí hay mucha gente, pero nomás pasan y no compran”.

Era difícil esperar que la economía popular de Guadalajara se reactivara o retomara su dinamismo antes de la crisis, cuando el sueldo real de los obreros de Guadalajara sufrió una merma de casi 50

²⁴ Para contextualizar este dato etnográfico es necesario tomar en cuenta la información proporcionada por el Instituto Nacional del Consumidor (1989). Según esta fuente, en noviembre de 1985 el ingreso promedio semanal por familia (en el estrato informal bajo —estrato ocupacional de Modesto en ese momento) era de 10,975.02 pesos, y el ingreso promedio semanal por familia en el estrato informal medio era de 17,052.99 pesos.

por ciento. Según la información del Banco de México, los sueldos reales bajaron de un índice de 100 en enero de 1982, a 54.9 por ciento en octubre de 1984. Escobar (1988), mediante un análisis de la muestra de trabajadores de Guadalajara, estimó que de febrero de 1982 a agosto de 1987 los salarios industriales masculinos cayeron 40 por ciento, mientras que los femeninos cayeron 50 por ciento (a pesar de que muchas mujeres aumentaron sus horas de trabajo). De acuerdo con el mismo estudio, los salarios de las mujeres que trabajaban en los talleres de pequeña escala descendieron más que los salarios de las mujeres que trabajaban en las fábricas, un síntoma inequívoco del deterioro de los ingresos femeninos. La estrategia de intensificación del trabajo mediante la incorporación de la mayor cantidad posible de miembros del hogar a la generación de ingresos dio resultados. Los ingresos de los principales proveedores de los grupos domésticos del estudio realizado en Guadalajara sufrieron un deterioro de aproximadamente 35 por ciento de 1982 a 1985. Sin embargo, los ingresos totales de los hogares, o sea, la suma de las contribuciones realizadas por todos aquellos que generaban ingreso, descendió solo 11 por ciento en el mismo periodo (cantidades deflactadas con la tasa de inflación). El descenso de los ingresos totales de los hogares hubiera sido más severo sin la intensificación del trabajo que se instrumentó al interior de los mismos. A medida que los salarios (o ingresos por autoempleo) se pulverizaban en mercados de bienes y servicios que sufrían la peor inflación registrada en décadas, los grupos domésticos se veían forzados a responder mediante mecanismos de intensificación del trabajo y modificación del consumo.

Intensificación del trabajo

Si se toma en cuenta el tamaño de los grupos domésticos, se puede apreciar que la relación de dependencia (entre trabajadores y dependientes) disminuyó de 1982 (un generador de ingresos para 3.09 dependientes) a 1985 (un generador de ingresos para 2.59 dependientes).²⁵ Ello sucedió a la par de otros cambios, como el aumento de hogares extensos a expensas de los nucleares (aunque estos continuaron siendo la mayoría). El significado de estos cambios es obvio pero vale la pena recalcarlo: el salario de un trabajador perdió capacidad para mantener a una porción significativa de su grupo doméstico, por lo que no es difícil entender la urgente necesidad de aumentar el número de trabajadores por hogar, aunque eso se lograra solo mediante la

²⁵ La relación de dependencia se recuperó de 1985 a 1987 (el ingreso de un trabajador mantenía a 2.59 dependientes en 1985 y pasó a 2.97 dependientes en 1987).

incorporación de parientes necesitados de un techo, pero que podían contribuir con los frutos de su trabajo.²⁶

Los miembros de los hogares de trabajadores de escasos recursos se vieron forzados a aumentar la carga de trabajo. Por un lado, el número de trabajadores se incrementó en casi todos los hogares de la muestra de estudio. Más miembros del grupo doméstico tuvieron que vender su fuerza de trabajo en el mercado.²⁷ A los adultos que habían fungido como proveedores económicos tuvieron que unírseles más mujeres, particularmente más mujeres adultas, independientemente de sus niveles de escolaridad y también de sus responsabilidades domésticas (trabajo reproductivo). Muchas mujeres casadas y con hijos se vieron en la necesidad de unirse a las huestes de trabajadores sin por ello liberarse de sus responsabilidades domésticas. Las mujeres tuvieron que atender varios frentes a la vez: el trabajo asalariado, el trabajo doméstico en sus propios hogares y las labores de cuidado a los dependientes del hogar.

Las mujeres casadas no fueron las únicas forzadas a incrementar su presencia en el mercado de trabajo. El trabajo asalariado de los jóvenes varones también aumentó notablemente. Según el análisis realizado, la participación de los varones menores de 15 años en el mercado de trabajo se incrementó en un 25 por ciento. Dentro del universo de hogares estudiados, el número de estos sin niños/adolescentes trabajadores disminuyó de 1982 a 1985 y el grupo de hombres de 15 años y más, que en 1985 se encontraban trabajando a cambio de un salario, también aumentó respecto de la situación previa (1982), aunque en menor medida que el grupo de niños de menos de 15 años (con un aumento de 10.5 por ciento). Los varones adultos, en su mayoría, ya fungían como trabajadores en la época precrisis por lo que la cifra que habla del aumento de los hombres de este grupo de edad estuvo conformada por jóvenes que aún no participaban en el mercado de

²⁶ Muchos de los hogares que durante los años previos a la crisis eran nucleares (núcleo conyugal: pareja y descendientes) en 1985 y 1987 habían incorporado a más miembros, parientes y no parientes, con la finalidad de compartir los costos de alquiler y de los servicios asociados a la vivienda: agua, electricidad, gas. Por eso, el porcentaje de hogares extensos en la muestra aumentó en los años de crisis y el porcentaje de hogares nucleares se redujo. Por esa razón se llegó a argumentar que la familia numerosa (y extensa) vive mejor que la pequeña (y nuclear): se dispone de más generadores de ingresos y la relación de dependencia disminuye (González de la Rocha, 1988 y 1992).

²⁷ El Instituto Nacional del Consumidor (1989), liderado por Clara Jusidman, encontró resultados muy similares años después: "... las familias con menores recursos económicos que en junio de 1985 percibían ingresos de hasta 1.5 veces el salario mínimo, opusieron mayor resistencia al deterioro de sus ingresos, mediante la incorporación de más miembros del grupo familiar al mercado de trabajo, según se infiere de las cifras correspondientes. Las familias de los estratos formal e informal bajo muestran los mayores incrementos porcentuales" (Instituto Nacional del Consumidor, 1989: 53).

trabajo en 1982. Por lo tanto, el incremento se debió al ingreso de los jóvenes en el trabajo asalariado y puede pensarse que se trataba de un aumento “natural” debido al envejecimiento de la muestra. Lo que claramente habla de una situación novedosa como resultado de las nuevas necesidades económicas es el aumento de hombres menores de 15 años en el mercado laboral. El grupo de hijos varones que se desempeñaban como trabajadores remunerados pasó de 34 en 1982 a 57 en 1985 (en la muestra de 99 hogares). La investigación realizada en 1981-82 había dejado en claro que los grupos domésticos de clase trabajadora no sobrevivían con un solo ingreso. Más bien, la sobrevivencia era el producto del trabajo de varios miembros del hogar, algunos de ellos dedicados a generar un ingreso monetario y otros a la realización del trabajo reproductivo y al mantenimiento de redes sociales de apoyo. En aquellos años, sin embargo, los que fungían como generadores de ingreso monetario eran el varón adulto (padre, padrastro, abuelo) y la mujer adulta (madre) durante la etapa de expansión, y el padre y algunos hijos, posteriormente (durante la etapa de consolidación del ciclo doméstico). Estos muchachos, sin embargo, eran casi siempre mayores de 15 años. En los años previos a la crisis, en mi universo de estudio, la mayoría de los menores de 15 años asistían a la escuela en los niveles primaria y secundaria.

Las niñas (menores de 15 años), durante la crisis, tuvieron que realizar jornadas dobles de trabajo. Por un lado, ellas también redoblaron esfuerzos como trabajadoras asalariadas; su participación en el mercado laboral aumentó en un 14.3 por ciento de 1982 a 1985. Pero quienes más incrementaron su presencia en el mundo del trabajo asalariado fueron las mujeres de 15 años y más, con un aumento de 25.4 por ciento en el periodo considerado. De ellas, muchas eran mujeres jóvenes, solteras, que habitaban en sus hogares de origen con sus padres y hermanos, y otras eran las mujeres adultas (las madres). Disminuyó, en el universo de hogares estudiados, el número de mujeres adultas (“amas de casa”) dedicadas únicamente a las labores del hogar y aumentó el de las mujeres trabajadoras. El número de hijas en el mercado de trabajo aumentó de 25 a 46 en el periodo estudiado. La gran mayoría de estas trabajadoras se desempeñaron en ocupaciones del sector informal, particularmente en los servicios. Además del incremento de mujeres trabajadoras remuneradas, las jóvenes fueron más requeridas en la realización de trabajo reproductivo, aquel que tiene lugar al interior de las viviendas en la producción de bienes y servicios para el consumo, asumiendo responsabilidades del cuidado de la casa y de los hermanos con el fin de liberar a sus madres de este trabajo durante el tiempo en el que estas se dedicaban a generar ingresos monetarios. El número de mujeres jóvenes dedicadas a las labores del hogar

(como ocupación principal) aumentó poco más de 50 por ciento de 1982 a 1985. Ya que los hogares aumentaron su tamaño al incorporar miembros hábiles para el trabajo y con ello reducir la relación entre trabajadores y dependientes, el trabajo doméstico aumentó y, por lo tanto, la carga del trabajo reproductivo en manos de las mujeres –adultas, jóvenes y niñas- también se incrementó.

Deterioro del consumo

A pesar de los enormes esfuerzos para intensificar el trabajo de casi todos los miembros del hogar, los patrones de consumo fueron drásticamente modificados. Es conocido el hecho de que mientras más riqueza acumula una familia, menores porcentajes de su ingreso son destinados a la alimentación, por muy abundante, sofisticada y lujosa que esta sea. En cambio, los grupos domésticos más pobres, precisamente porque sus ingresos son muy escasos, tienen que gastar casi todo lo que ingresa al hogar en la compra de los alimentos, sin duda el rubro más importante del consumo. Schatan (1986), con base en información proveniente de diversas encuestas realizadas en México antes de la crisis de los ochenta, calculó que en 1968 los estratos más pobres (quienes percibían menos de 530 pesos mensuales de esa época, el 23 por ciento de las familias), destinaban más del 60 por ciento de su gasto total en consumo al rubro de “alimentos, bebidas y tabaco”. En cambio, el estrato con ingresos por encima de 5,200 pesos mensuales (seis por ciento de las familias) solo destinaba el 22 por ciento de su gasto a alimentación. En 1978 la situación no había variado, de tal forma que los tres deciles de menores ingresos destinaban más del 60 por ciento de su gasto a alimentos y bebidas, mientras que los dos deciles superiores gastaban alrededor del 20 por ciento de su gasto en esos rubros. Según la ENIGH de 1977, el cinco por ciento de los hogares más ricos gastaba alrededor de 18 veces más, por familia, que el decil más pobre (Schatan, 1986). Los hogares estudiados en Guadalajara confirman ese patrón. En la composición del gasto de los hogares en 1982, el rubro principal era el de gasto en alimentos (61%). El transporte y la educación ocupaban el segundo lugar (con ocho por ciento cada uno). En tercer lugar se ubicaba el gasto en la compra de ropa (con siete por ciento) para dar lugar después a la compra de calzado (seis por ciento) y, por último, al gasto en salud (con solo el cuatro por ciento del gasto total del hogar). Muy por debajo aparecían los gastos relacionados con la vivienda (electricidad, cuotas, etc.) y el dinero guardado para afrontar emergencias (ahorro) con apenas el tres por ciento del dinero destinado al “chivo” (gasto). Este panorama nos habla de economías

domésticas muy comprometidas con la satisfacción de necesidades tan básicas como comer.²⁸ Antes de pasar a la sección que se centra en los cambios en el consumo que la crisis provocó en los hogares estudiados, es importante detenerse en algunos detalles del análisis de Schatan. Este autor se basa en encuestas realizadas por el Instituto Nacional de Nutrición en 1979, tres años antes del estallido de la crisis. La población de escasos recursos sufría, incluso en aquellos años de relativa “bonanza”, un conjunto de problemas nutricionales: déficit calórico de un 12 por ciento; carencia de niacina y retinol (que llegaba a 54 por ciento entre los más pobres, quienes también sufrían carencias en riboflavina y ácido ascórbico). Los análisis de la ENIGH de 1977 también apuntaban que los hogares de los cinco deciles más bajos consumían cantidades de calorías y proteínas inferiores a las recomendadas por el Instituto Nacional de Nutrición y por organismos internacionales. Entre los más pobres, 46 por ciento de los niños de cero a dos años de edad presentaba desnutrición moderada y el 18 por ciento desnutrición severa (Schatan, 1986).

En la investigación realizada en Guadalajara en 1985 encontramos que las familias habían instrumentado un conjunto de cambios en su consumo durante los peores años de la crisis de los ochenta. En primer lugar, se privilegió el consumo de alimentos a costa de gastos en energía, salud y educación. Por ejemplo, las familias optaron por usar muy poco gas y electricidad: muchos preferían alumbrarse con velas o recolectar –en la periferia urbana- varas, trozos de madera u objetos para ser usados a manera de leña. En general, descendió el gasto en salud y educación.

Aquí se presentan los cambios precisos que dicha investigación mostró, destacando el hecho de que fue necesario destinar un porcentaje aún mayor del gasto para cubrir las necesidades de alimentación (65%), el rubro del transporte permaneció sin cambios (ocho por ciento), la compra de calzado descendió a cuatro por ciento, los gastos relacionados con la vivienda aumentaron a siete por ciento (en gran medida como consecuencia de la regularización de la tenencia de la tierra y los consiguientes procesos de formalización –pago de predial- por ejemplo). Dos rubros del gasto que son cruciales para el bienestar –salud y educación- sufrieron mermas importantes (con dos y seis por ciento del gasto respectivamente). Disminuyó también la proporción del gasto dedicado a la compra de ropa y calzado (seis y cuatro por ciento respectivamente) y el colchón amortiguador de los ahorros para casos de emergencia casi desapareció (con solo el uno por ciento del dinero para el gasto doméstico).

²⁸ No deja de llamar la atención que el costo del transporte sea equivalente al de educación y mayor que el de salud.

Alimentación

Como vimos en el párrafo anterior, la crisis forzó a las personas a destinar una proporción mayor de sus ingresos para la compra de alimentos. Dado el incremento de los precios y el hecho de que el consumo alimenticio es prioritario para todos –no se puede vivir sin comer- el análisis de la información recopilada en 1985 mostró que fue necesario destinar un porcentaje mayor de los ingresos (65%) que el que destinaban en 1982 (61 %). Sin embargo, ni dedicando un mayor porcentaje de ingresos totales del hogar fue suficiente para mantener los niveles de consumo previos a la crisis.

Las proteínas animales eran, durante los ochenta, muy costosas para los pobres y su consumo muy reducido. Durante esos años, la compra y el consumo de carne de res, cerdo y pollo se redujeron notablemente, aunque -debido al precio elevado- la compra de menos carne equivalía al mismo porcentaje del gasto que en 1982 (49 por ciento del dinero gastado en alimentos se destinaba, tanto en 1982 como en 1985, a la compra de proteínas). Sin embargo, las cifras no dicen mucho sobre la composición del gasto más allá de grandes rubros. Del trabajo etnográfico se pudo observar cómo las familias debieron hacer sustituciones de alimentos; en vez de consumir proteínas caras como la carne de res, cerdo o pollo, comían más huevo; cuando realmente deseaban comprar un trozo de carne, optaban por comprar vísceras y no “maciza”; menos frutas y verduras en las canastas de las mujeres que comparaban precios entre los distintos mercados para decidirse por el tianguis que ofrecía los precios más bajos. Más frijoles y más tortillas; estos dos productos se convirtieron en la base de la alimentación de los hogares urbanos de escasos recursos. Los incrementos de los precios pulverizaban sus ingresos y les era imposible mantener los patrones de consumo previos a la crisis. En marzo de 1985, la dieta de doña María (habitante de Lomas del Paraíso) y sus hijos era una con base en frijoles. Con ironía ella solía referirse a la olla de frijoles de diversas maneras como “pollo deshuesado” o “albóndigas”. En una ocasión afirmó que cuando no tienen que comer “con un vaso de agua se entretiene el estómago”. En diciembre de ese mismo año, Chuy (la madre de Prietito), compraba dos kilogramos de tortilla al día para el consumo de dos adultos y cuatro niños y afirmó que esa cantidad “apenas nos alcanza, y eso que desayunamos con birote. Los dos kilos de tortilla son nomás para la comida de los niños y yo y la cena.”²⁹ Comemos mucha tortilla, sobre todo los niños y yo”. Ese día acompañé a

²⁹ Según Schatan, con datos del Sistema Alimentario Mexicano, “...el consumo de maíz en grano y tortilla de maíz en el decil de ingresos más bajos es de alrededor de 400 gramos por persona al día...” (Schatan, 1986:

Chuy al mercado. Compró los dos kilos de tortilla que consumirían durante el día, 250 gramos de queso de rancho y un cuarto de kilo de cajeta. Cuando llegamos a su casa los niños quisieron tacos de queso y pan con cajeta. Luego completarían con frijoles: “ayer les dí un pedacito de pollo ¡ni creas que les doy carne diario! Les doy carne una vez por semana. ¡Si ayer comieron pollo, que hoy coman frijoles!”.³⁰

El caso de Patricia, una joven de 19 años, habitante de Rancho Nuevo, nos habla de las dificultades de esta joven madre para darse el gusto de comprar un pastel para celebrarle el cumpleaños a su bebé:

Quando en 1985 recontacté a la familia, Julia y Juan (una pareja en sus tardíos cincuentas) que vivían con su hija Patricia –de 19 años- y Juan Pablo -de 17-, me pusieron al día de los principales cambios que habían experimentado durante los tres años pasados. Juan seguía, cuando sobrio, realizando trabajos de plomería de manera informal, Juan Pablo ya había dejado la escuela para convertirse en trabajador de tiempo completo, también con el oficio de plomero, y Patricia había “fracasado” (palabras de Juan y Julia para referirse al embarazo fuera de la unión) pero al bebé lo cuidaba Julia para que Patricia pudiera trabajar. Patricia había conseguido un empleo en el Instituto Jalisciense de Asistencia Social, en un asilo de ancianos, como afanadora y ayudando a dar de comer a los ancianos. Patricia le daba todo su salario (32,000 pesos al mes –pesos de 1985-) a su mamá para el gasto de la casa aunque también de ahí empleaba dinero para la compra de ropa y zapatos para la niña y para ella misma. En Julio de 1985 Patricia estaba en una tanda (grupo colectivo de ahorro) de seis mil pesos al mes que ella quería usar, cuando le tocara, para ayudar a sus padres a pagar el terreno donde habían iniciado la construcción de la casa donde vivían. En esos días de julio celebrarían el primer cumpleaños de la niña y Patricia le había mandado a hacer un pastel y una gelatina con unas vecinas. A pesar de que Patricia gozaba de ingresos regulares de un empleo formal, sus ingresos no eran suficientes para pagar el pastel y la gelatina en un solo pago. Como no le alcanzaba pagar los diez mil pesos que costaban el pastel y la gelatina, Patricia pidió a las vecinas que le dieran facilidades de pago. En una quincena Patricia pagaría cinco mil pesos y la siguiente quincena los restantes cinco mil.

Es ilustrativo ver los cambios en el consumo de unidades de proteína de un grupo doméstico de 1982 a 1985. Se trata de un hogar de El Colli, en el municipio de Zapopan, conformado por cuatro miembros en 1982 y cinco miembros en 1985. De las 20.25 unidades de proteína animal que consumían en 1982, pasaron a consumir solo 6.75 unidades en 1985 (cada unidad equivale a un

146-147). Recordemos que el hogar de Mari Chuy es de dos adultos y cuatro niños por lo que el dato de dos kilogramos de tortilla para el consumo diario no es descabellado.

³⁰ La información del mercado fue observada en las interacciones de Chuy con los vendedores en el mercado durante esa mañana en la que la acompañé a hacer sus compras.

litro de leche o un kilogramo de carne o huevo). La siguiente es una lista de precios de los productos más consumidos por los miembros de este hogar en 1982 y 1985. Las cantidades son simplemente las unidades para dar una idea de los precios de los productos y el incremento en los mismos en tan solo tres años. Aunque no corresponden a las cantidades realmente consumidas a lo largo de la semana, porque las amas de casa solían hacer compras de lo que se consume al día, resulta significativo que en 1985 no se reporta compra de carne.³¹

Precios de productos alimenticios adquiridos por los miembros de un grupo doméstico en El Colli, Zapopan, Jalisco, 1982-1985				
1982			1985	
Producto	Unidad	Precio	Unidad	Precio
Café	Frasco	25.00	No reportó	n/r
Manteca de cerdo	1 kg	100.00	1 kg	380.00
Crema	250 gramos	15.00	No reportó	N7r
Huevos	1 kg	36.00	1 kg	150.00
Frijol	1 kg	24.00	1 kg	160.00
Arroz	No reportó	n/r	1 kg	180.00
Tortilla	1 kg	11.40	1 kg	32.00
Leche	1 litro	16.40	1 litro (Conasupo)	21.42
Leche Liconsa	No reportó	n/r	4 litros	80.00
Carne	1 kg	240.00	No reportó	n/r
Azúcar	1 kg	17.00	1 kg	80.00
Agua de garrafón	1 garrafón	20.00	1 garrafón	80.00
Pasta	Una bolsita de 250 gr	6.00	Una bolsita de 250 gr	40.00
Aceite	1 lt	240.00	1 lt	280.00
Sal	1 kg	12.00	1 kg	35.00
Refrescos	1 botella	5.00	1 botella	25.00
Birote	No reportó	n/r	Un birote grande	20.00

Veamos si la microeconomía arriba presentada corresponde con las cifras del consumo aportadas por las grandes encuestas de la época. Un estudio realizado por el Instituto Nacional del Consumidor entre marzo y junio de 1983 mostraba que las familias más pobres, con un ingreso menor a dos salarios mínimos, sufrieron un decremento muy importante en el consumo en todos los productos alimenticios con excepción de tortillas (Schatan, 1985; Lustig, 1986).³² Los más

³¹ La realización de compras diarias de alimentos (y no una vez por semana) que caracteriza el consumo de los hogares de los trabajadores que habitan en asentamientos urbano-populares tiene dos razones fundamentales: por un lado, los miembros de estos hogares no disponen de cantidades suficientes como para hacer una sola compra semanal; por el otro, casi en ningún caso el hogar cuenta con refrigerador.

³² La Directora General del Instituto Nacional del Consumidor en esa época fue Clara Jusidman y es a ella a quien se debe reconocer el esfuerzo por documentar los súbitos cambios de los precios de los productos de

pobres dejaron de consumir proteína animal (o su consumo disminuyó radicalmente) para, en vez de ello, consumir cereales. Otro estudio realizado entre enero y agosto de 1985 mostró resultados similares, pero el porcentaje de hogares con mayor disminución de consumo alimentario fue menor que en 1983. Según Lustig ello pudo deberse a la desaceleración de la pérdida del poder de compra de los ingresos. La autora afirma que el costo de la dieta básica per cápita en enero de 1982 equivalía al 8.5 por ciento del salario mínimo, mientras que en mayo de 1986 equivalía al 13 por ciento. Lustig calcula, tomando en cuenta el tamaño promedio de los hogares y su equivalencia en miembros adultos (para inferir el consumo con base en una medida común: el consumo de un adulto), que la proporción del salario mínimo que debía ser destinada a la satisfacción de las necesidades básicas alimenticias aumentó de 34 a 52 por ciento, entre enero de 1982 y mayo de 1986 (Lustig, 1986).

Según el estudio del Instituto Nacional del Consumidor, “100 días en el consumo familiar”, en el caso de las familias con ingresos más bajos (inferiores a dos salarios mínimos):³³

...una abrumadora mayoría de familias... experimentó decrementos en su consumo de todos los productos incluidos en la encuesta, con excepción de tortilla cuyos precios se mantuvieron sin mayores variaciones durante el periodo en cuestión. Más del 70% de las familias de este estrato redujeron sus consumos de aceite, arroz, frijol, huevo, frutas y legumbres, leche, pasta de sopa; entre 50 y 70% lo hicieron con respecto a carnes, pan, pescado y refrescos” (Schatan, 1986: 173).

Las familias de menores ingresos sustituyeron productos. La manteca de cerdo tomó el lugar del aceite, la sopa de pasta el del arroz, el café y las infusiones el de la leche y la tortilla el del pan. Se consumió más frijol y sopa de pasta en vez de pescado y otras proteínas animales, y más agua que refrescos.

Otro estudio, también realizado por el Instituto Nacional del Consumidor, pero en 1985 en la Ciudad de México, arrojó un panorama muy semejante al descrito por quien esto escribe para el caso de Guadalajara durante la crisis de los ochenta:

consumo. Las bases de datos del Instituto Nacional del Consumidor fueron consultadas por diversos académicos, entre los que se encuentran Schatan (1985), Lustig (1986, 1990) y González de la Rocha (1988).

³³ El estudio “100 días en el consumo familiar” fue realizado entre marzo y junio de 1983 por el Instituto Nacional del Consumidor. Su objetivo fue conocer los cambios en el consumo alimentario, producidos por la inflación, de familias de tres estratos socioeconómicos: bajo (con ingresos inferiores a dos salarios mínimos); medio (con ingresos entre cinco y diez veces el salario mínimo); y alto (ingresos superiores a 20 veces el salario mínimo). La muestra consistió en 120 familias estratificadas en dichos niveles socioeconómicos. Se realizaron seis visitas a cada familia, cada 15 días.

De una parte, el estudio muestra cómo las familias buscan por todos los medios posibles algún ingreso adicional, sea mediante el aumento de la jornada de trabajo, el incremento en la intensidad (en los casos de pago a destajo), la obtención de nuevos empleos complementarios a los habituales, la elaboración casera de algún producto o la prestación de servicios domésticos (lavado de ropa, reparaciones, etcétera). De la otra, se detectó que muchas familias tuvieron que disminuir sus compras de alimentos básicos... (Schatan, 1985: 179).

Los precios de los productos alimenticios siguieron subiendo y, con ello, el consumo de básicos siguió empeorando. El precio oficial de la carne de primera calidad ascendía a 1,500 pesos el kilogramo en julio de 1986; la de pierna de cerdo costaba 1,200 pesos, si es que el cliente compraba dos o tres kilos; el retazo con hueso para el “cocido” (que es la carne que las familias pobres consumen en algunas ocasiones) se cotizaba –de “oferta”- en 600 pesos por kilogramo. En ese momento el huevo tenía un precio oficial de 454 pesos el kilogramo. Aparentemente, según consta en las fuentes periodísticas de la época, los comerciantes, con la finalidad de lograr las ventas, solían bajar los precios de sus productos porque se estaban quedando sin clientes y los productos se les estaban quedando en las estanterías: “Los detallistas se ven obligados a bajar los precios, porque no hay quién pueda pagar las cotizaciones señaladas oficialmente, lo cual es una muestra clara de la baja que se registra en el poder adquisitivo de las mayorías” (El Occidental, 14 de julio de 1986: pp. 1 y 14, “Carne y Huevo a Menor Cotización que la Oficial”). Si los precios de los alimentos habían escalado de manera dramática, los de la ropa, el calzado, los muebles y los productos electrodomésticos y los servicios relacionados con la vivienda se habían incrementado aún más. En el curso de ocho años, de 1978 a 1986, el índice nacional de precios al consumidor aumentó más de 2,500 por ciento (El Occidental, 14 de julio de 1986, “Subieron los Precios más de 2,500% en 8 Años: Banxico”).

Una habitante de la Colonia Lomas del Paraíso, a finales de agosto de 1986, analizaba conmigo sus estrategias para que el dinero que su marido le daba a la semana para el gasto, “el chivo”, le alcanzara. De los 12,000 pesos con los que contaba para el gasto semanal, compraba alimentos para los seis habitantes del hogar y para los pollos (estaban criando 45 pollos para el consumo y para la venta). La compra de alimentos tenía que ser estratégica: un día compraba una cosa, otro día otra, para tratar de diversificar la dieta dentro de sus muy estrechos márgenes de acción: “ayer hasta compré carne, pues un día hacen falta frijoles y los compro, y al otro día, que todavía tengo frijoles, puedo comprar otra cosa. Sabiéndolos marear sí alcanzan los 12,000 pesos”.

Ella recibía *tortibonos* pero no los usaba porque no había ningún local de la Conasupo en su colonia o en las colonias cercanas. Consumían tres kilogramos de tortillas diariamente “para llenarnos”. Seis meses antes de ese momento el consumo de tortillas era menor (dos kilogramos), porque su alimentación era un poco más variada e incluía otros productos (más frutas y verduras, un poco más de carne).

Si al hecho de que el consumo disminuyó en términos generales al interior de los hogares agregamos el consumo diferencial por género y edad, nos acercamos a comprender más de cerca la situación de niñas, niños y mujeres. De acuerdo con mis observaciones en distintos trabajos de campo, son los hombres que trabajan los que reciben no solo las mejores porciones en términos de cantidad sino, también, los alimentos más valorados, como carne o pollo. Las mujeres y los niños de ambos sexos se alimentan, en casos de escasez, de caldo de frijoles, salsas de chile y tortillas. Las crisis económicas afectan aún más el bienestar de los niños y jóvenes. La escasez y las relaciones jerárquicas al interior de los hogares hacen del consumo alimentario (y la nutrición) una práctica desigual que lleva a algunos a la desnutrición, con consecuencias futuras negativas para su crecimiento físico y el desarrollo de su inteligencia.

A finales de 1985, un periódico nacional documentaba que el gasto real para la compra de alimentos había disminuido, de 1981 a 1985, en por lo menos 50 por ciento debido al “descenso brutal en el poder adquisitivo del salario e ingresos familiares” (La Jornada, 15 de noviembre de 1985). Como se mencionó en párrafos anteriores, los grupos domésticos de clase trabajadora, ya desde antes del estallido de la crisis, tenían carencias importantes en su consumo, mismas que se intensificaron a lo largo de los años ochenta. Schatan reconoce esta situación:

...los antecedentes que hemos podido reunir ilustran de alguna manera el deterioro en las condiciones de alimentación de esos segmentos, que en muchos casos ya eran precarias antes del estallido de la “crisis”. Si ponemos crisis entre comillas es porque, en lo que a alimentación y nutrición se refiere, el periodo reciente no significa sino una agudización de situaciones críticas que se arrastran desde hace mucho tiempo. Podríamos hablar de “una crisis dentro de la crisis” (Schatan, 1986: 139).

Salud

Los hogares estudiados en Guadalajara en distintos momentos de la década de los ochenta claramente disminuyeron su gasto en servicios de salud. Se trataba, en su gran mayoría, de hogares en etapas de expansión y consolidación y muy pocos transitaban por la etapa de

dispersión. La etapa del ciclo doméstico influye considerablemente en el bienestar de las personas que habitan en el hogar no solo porque la etapa marca los límites del número de generadores de ingresos (que en la etapa temprana de expansión de un hogar nuclear son dos los trabajadores con los que el hogar puede contar como máximo, a menos que se sacrifique la escolaridad del primogénito), sino porque también cada etapa está caracterizada por una epidemiología específica. Por ejemplo, mientras que los hogares en expansión enfrentan sobre todo afecciones respiratorias y gastrointestinales, en los hogares más envejecidos hay más probabilidad de que haya miembros de edad avanzada con problemas de diabetes y otras enfermedades crónicas degenerativas. En el primer caso, el de un hogar joven con ocasionales gripes o diarreas, los hogares tienen como opción (aunque en ningún caso es aconsejable) prescindir de las visitas al médico, lo cual fue lo que la mayor parte de las personas entrevistadas en 1985, de acuerdo con los estudios de caso y con la información de la “encuesta” a los 99 hogares, había resuelto hacer. Simplemente dejaron de ir al médico y, más bien, se trataban sus afecciones con medicinas autorecetadas o que les recomendaban en una farmacia. También se volcaron al uso de hierbas medicinales y remedios caseros con tal de ahorrarse la consulta médica y el costo de los medicamentos de patente. Algunos privilegiados aún tenían los servicios del Seguro Social, pero incluso ellos preferían los métodos alternativos porque, decían, “en el Seguro nunca hay medicina y uno acaba por tener que comprarlas en las farmacias”. También se quejaban de que tenían que perder días de trabajo para estar haciendo cola toda una mañana o todo un día a la espera de la consulta, y perder un día de trabajo –y de salario- era un lujo que no se podían dar.

Lustig aporta el panorama general mediante los indicadores de salud en el que los resultados de mi etnografía encajan perfectamente: el deterioro de la salud de la población fue evidente durante los años de crisis. Con datos de UNICEF, Lustig calcula que la mortalidad infantil aumentó de 50 por 1,000 niños nacidos vivos en 1981-1982, a 55 por 1,000 niños nacidos vivos en 1983. Las principales causas de la mortalidad infantil fueron, en esos años, la avitaminosis y otras deficiencias nutricionales. Así, la mortalidad infantil que había descendido en los años previos a la crisis, aumentó en 1982:

Año	Mortalidad infantil
1978	54.52/ 1000 niños nacidos vivos
1981	37.42/ 1000 nacidos vivos
1982	48.56/1000 nacidos vivos
1983	55/1000 nacidos vivos

Fuente: Lustig (1986).

Un proceso semejante se encuentra en el aumento, posterior a 1982, de niños de cero a un año que sufrieron desnutrición e inmadurez y lento crecimiento fetal y el de los infantes de esa edad que murieron por deficiencias nutricionales reportados por Lustig (1986). Para esta autora, el deterioro de los estándares de salud de los niños pequeños es resultado de la caída de los ingresos reales de los hogares, por un lado, y de la caída del gasto gubernamental en desarrollo social y subsidios alimentarios. Por un lado, el gasto social tuvo una caída del 19 por ciento de 1982 a 1985 y, por el otro, el gobierno eliminó los subsidios que tenían alimentos de consumo básico como las tortillas, el aceite para cocinar, el pan y los huevos (Lustig, 1990).

El impacto de la crisis económica en la escolaridad de las niñas, los niños y los jóvenes de ambos sexos

Es imprescindible iniciar este apartado con la historia de Prietito, el hijo mayor de Chuy y Modesto, mencionado brevemente en la sección anterior. Su caso es revelador de las dificultades que los grupos domésticos enfrentaban para incrementar el número de miembros capaces de trabajar y, con ello, contribuir a la economía del hogar, aun en escasas cantidades. Ante estas dificultades, los padres presionan a los hijos con la intención de que ayuden en la diaria batalla por la supervivencia.

Cuando conocí a esta familia, Prietito tenía cuatro años, el primogénito en un hogar nuclear formado por su padre (Modesto), su madre (Chuy), quien combinaba el trabajo reproductivo con actividades asalariadas eventuales, dos hermanos varones y una hermana de apenas algunos meses de edad. Al retomar contacto con ellos, en marzo de 1985, Prietito, con siete años cumplidos, ya iba a la escuela primaria en primer grado en el turno de las tardes. Durante los fines de semana y los días de asueto, y muchas veces durante las mañanas de los días de entre semana, el niño era un apoyo importante para el desempeño de su padre como vendedor de ropa en los tianguis de la ciudad. No solo le ayudaba a Modesto a empujar el triciclo por las calles de la barriada sino que realizaba todo un conjunto de tareas en el puesto de venta: buscaba cambio en otros puestos del mercado cuando los clientes pagaban con billetes, ayudaba a sus padres a instalar y desinstalar el puesto, y cuidaba y atendía el puesto de ropa cuando su padre tenía que ausentarse. El 27 de noviembre de 1985 habían salido Modesto, Chuy y Prietito muy temprano rumbo al tianguis con el triciclo lleno de ropa; les tomaba un par de horas trasladarse en el triciclo e instalar el puesto, por lo que tenían que salir a las cinco de la mañana para tener todo listo a las siete. Ese día, ya instalado el puesto, Modesto se fue a la obra en la que estaba temporalmente trabajando y Chuy regresó a la casa para atender a los hijos más pequeños y hacer el quehacer. Quien se quedó a cargo del puesto de ropa en el tianguis fue

Prietito. Adalberto, menor que Prietito apenas año y medio (en ese momento tenía casi seis años) llevó a sus hermanitos al preescolar, mientras su madre lavaba y tendía la ropa que había dejado remojando la noche anterior. Como a las 11 de la mañana, preocupada porque Prietito había estado solo en el puesto desde las siete de la mañana –temía que lo hicieran tonto con el dinero o le robaran algo de la mercancía- Chuy se fue al tianguis llevándose a Adalberto en su bici y cargando el morral con los útiles de Prietito (para que hiciera la tarea mientras continuaba en el tianguis). “Llegando al puesto el Prietito salió corriendo a hacer pipí, porque es tan responsable que ni al baño va por no dejar el puesto solo”. Los esfuerzos del niño y los de su familia habían sido en vano; Prietito no había vendido nada. Su madre, su hermano Adalberto y él permanecieron en el puesto hasta casi la una de la tarde y no lograron ninguna venta: “la gente pasaba y a lo más preguntaba precios y se iba”. A pesar de eso, Modesto seguía insistiendo en esa actividad y, además, presionaba a Prietito para que se hiciera cargo, solo y de manera permanente, del puesto en los tianguis cercanos. Quería que Prietito dejara la escuela y se dedicara a vender ropa en los tianguis. Prietito continuó trabajando con y para sus padres durante las mañanas. En ese año, durante el trabajo de campo etnográfico, no dejó la escuela gracias a que estaba inscrito en el turno de la tarde, pero sí faltaba con frecuencia. Prietito estaba orgulloso de su capacidad (cada día mayor y más consolidada) de trabajar para ayudar a sus papás y contribuir a los gastos de la casa.

Efectivamente, durante la crisis económica de los años ochenta, niños –como Prietito– tuvieron que jugar el papel de trabajadores, poniendo en riesgo su salud y su educación. Muchos niños, niñas y jóvenes de ambos sexos truncaron sus trayectorias educativas para dedicarse al trabajo asalariado o no asalariado, como ayudantes de sus padres y parientes, empleados en algún pequeño negocio, vendedores ambulantes al menudeo o simplemente como reemplazos de sus madres en el cuidado de los hermanos menores (aunque Prietito fue el centro de nuestra atención, en el relato de su caso es visible la participación de Adalberto, de apenas seis años de edad, en el cuidado de sus dos hermanos menores).

Cuando un niño empieza a trabajar y ganar dinero, el mercado de trabajo compite con ventaja contra la asistencia a la escuela. Los primogénitos suelen tener más presiones que sus hermanos menores porque pueden distinguir la estrechez económica que caracteriza sus vidas y las de sus hermanos y padres y saben que su ayuda es altamente necesaria para la economía del hogar. Quizás no ganen mucho (como frecuentemente es el caso) pero al menos sus padres dejan de pagar los uniformes, los útiles y las cuotas escolares. Eso es visto como una ganancia. Pero además los hijos e hijas primogénitos, particularmente con una crisis económica de por medio, suelen participar a más temprana edad en el trabajo para generar un ingreso que, por magro que sea, constituye una ayuda para el sostén familiar.

Según Lustig, entre 1981 y 1984, el número de niños inscritos en primero de primaria se desplomó. La caída fue mucho mayor que la disminución de la población de la edad correspondiente al ingreso a ese nivel escolar. En el periodo comprendido entre 1981 y 1984 el crecimiento estimado en la población de seis años fue de -3.7%, mientras que el de la matrícula de primero de primaria fue de -7.9%. Para la autora, esta situación reflejaba el dilema de los padres entre afrontar los costos asociados con la educación (útiles escolares y uniformes) y la postergación del ingreso de sus hijos a primer año de primaria. El uso de la fuerza de trabajo infantil en tareas de generación de ingresos familiares, como observamos con claridad en el caso de Prietito, también pudo haber jugado un papel en la postergación del ingreso a la escuela (Lustig, 1986).

De 1982 a 1985, entre el grupo de hijos varones de los hogares estudiados, el número de estudiantes disminuyó de 85 a 66 (una reducción que no puede explicarse solo por el envejecimiento de la muestra). Para el caso de las mujeres en calidad de hijas, el grupo de estudiantes también disminuyó considerablemente. En 1982 este grupo estaba conformado por 107 personas; en 1985, apenas tres años después, solo 78 permanecían en calidad de estudiantes y 11 combinaban el estudio y el trabajo asalariado; las restantes 18 (casi el 20 por ciento del grupo de estudiantes en 1982, había abandonado la escuela tres años después).

Aquí he insistido en los bajos ingresos que estos niños lograban generar, pues los empleadores eran muchas veces familiares cercanos (los padres, tíos o abuelos) o incluso parientes lejanos que “aceptaban” al niño en calidad de ayudante (y aprendiz). Las historias laborales realizadas por Escobar (1986, 1988) en su investigación sobre el mercado de trabajo tapatío son ricas en detalles sobre las puertas de entrada al mundo laboral. Los pequeños talleres y negocios familiares han sido los nichos donde se llevan a cabo los ritos de iniciación de niños aún pequeños al trabajo. Y aunque esa fue la manera en la que todos los individuos de la clase trabajadora aprendieron un oficio, la crisis hizo mucho más evidente la entrada de niños y jóvenes al trabajo.

Conclusiones

Las estrategias de sobrevivencia y reproducción estudiadas por quien esto escribe en 1982, 1985 y 1987, eran y son necesariamente colectivas. En ellas participaban y siguen participando todos aquellos que pueden trabajar. El ingrediente crucial para lograr compensar la caída de los ingresos individuales (el estrepitoso descenso de los ingresos individuales versus la inflación) fue el trabajo

infantil y el de los jóvenes de ambos sexos y el trabajo de sus madres. Cuando recordamos que los ingresos totales reales (deflactados) de los hogares solo descendieron 11 por ciento de 1982 a 1985 (comparados con la caída de los salarios individuales de más del 30 por ciento según mi propia información y de 50 por ciento o más según otras fuentes), no queda sino reconocer que la estrategia de intensificación de trabajo fue sumamente exitosa. El costo de ese éxito fue el de una generación de niños, niñas y jóvenes que se vieron forzados a trabajar a cambio de un ingreso. Muchos empezaron a combinar trabajo y estudio para gradualmente abandonar la escuela y fungir, desde edades muy tempranas, como coprovedores de sus hogares. Se supone que el trabajo es una responsabilidad que los individuos asumen en su vida adulta, una vez que obtuvieron la formación para desempeñarse en el mundo laboral. La entrada temprana de niños, niñas y jóvenes al trabajo es la realidad de una inmensa mayoría de mexicanos que tienen que vivir al día y no pueden darse el lujo de construir un futuro. Este es el ejemplo perfecto de cómo una estrategia de corto plazo mina las posibilidades futuras. Los niños que desde los seis años ayudaban a sus padres durante la crisis de los años ochenta son adultos que ahora rondan los cuarenta años de edad. Si cedieron a la presión doméstica de convertirse en trabajadores de tiempo completo, sus trayectorias educativas no llegaron muy lejos y ahora seguramente son parte de las filas de subempleados y empleados precarios que constituyen casi el 70 por ciento de la Población Económicamente Activa mexicana. Lo que se vive hoy, sin duda, se construyó en el pasado. El pasado mexicano tiene una historia de crisis que se traslaparon –desde inicios de los ochenta hasta 1995- dejando un legado de carencias y desventajas en la población de escasos recursos de las que es muy difícil recuperarse.

Bibliografía

Bazán, Lucía. (1998). "El último recurso: las relaciones familiares como alternativas frente a la crisis". Ponencia presentada en el Congreso Internacional LASA 1998 (Chicago).

Benería, Lourdes y Shelley (1992). *Unequal Burden: Economic crises, persistent poverty, and women's work*. Boulder: Westview Press.

Chant, Sylvia. (1991). *Women and Survival in Mexican Cities*. Manchester: Manchester University Press.

Escobar Latapí, Agustín. (1986). Con el sudor de tu frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara. Guadalajara: El Colegio de Jalisco.

Escobar Latapí, Agustín. (1988). "The Rise and Fall of an Urban Labour Market: Economic Crisis and the Fate of Small Workshops in Guadalajara, Mexico". *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, num. 2: 183-206.

Estrada, Margarita. (1999). 1995: Familias en la crisis. Ciudad de México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Faur, Eleonor. (2014). El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual. Buenos Aires: Siglo XXI.

González de la Rocha, Mercedes. (En prensa). En González de la Rocha y Saraví (Coordinadores), Pobreza y vulnerabilidad: debates y estudios contemporáneos en México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

González de la Rocha, Mercedes. (2001). "From the Resources of Poverty to the Poverty of Resources? The erosion of a survival model". *Latin American Perspectives*, vol. 28, num. 4: 72-100.

González de la Rocha, Mercedes. (2000). "Private Adjustments: Household Responses to the Erosion of Work". *Conference Paper Series*, vol. 6, Nueva York: United Nations Development Programme.

González de la Rocha, Mercedes. (1999). "La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza urbana", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, enero-junio 1999: 33-50.

González de la Rocha, Mercedes. (1995). "Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, no.38, mayo agosto de 1995: 261-281.

González de la Rocha, Mercedes. (1994). *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*. Oxford: Basil Blackwell.

González de la Rocha, Mercedes. (1993). "Familia urbana y pobreza en América Latina", Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Documento de referencia ddr-3, 18 de junio de 1993, 23 páginas.

González de la Rocha, Mercedes. (1992). Grupos domésticos de Guadalajara. Análisis diacrónico de su organización antes y durante la crisis económica", *Revista Interamericana de Sociología*, no. 2, 1992: 201-226.

González de la Rocha, Mercedes. (1991). "Family wellbeing, food consumption and survival strategies during Mexico's economic crisis", en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*. La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies-UCSD, pp. 115-127.

González de la Rocha, Mercedes. (1988). "Economic crisis, domestic reorganisation and women's work in Guadalajara, Mexico", *Bulletin for Latin American Research*, vol. 7, num. 2: 207-223.

González de la Rocha, Mercedes. (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco - CIESAS – SPP.

González de la Rocha, Mercedes y Paloma Villagómez. (2006). "Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social". En Saraví, Gonzalo (ed.), *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo, p.137-166.

Instituto Nacional del Consumidor. (1989). "El gasto alimentario de la población de escasos recursos de la ciudad de México". *Comercio Exterior*, vol. 39, núm. 1, México, enero de 1989, pp. 52-58.

Lustig, Nora. (1990). "Economic Crisis, Adjustment and Living Standards in Mexico, 1982-85". *World Development*, vol. 18, num. 10: 1325-1342.

González de la Rocha, Mercedes. (1995). "Social Restructuring in Two Mexican Cities: An Analysis of Domestic Groups in Guadalajara and Monterrey". *The European Journal of Development Research*, Vol. 7, No. 2: 389-406.

González de la Rocha, Mercedes. (1992). "Grupos domésticos de Guadalajara. Análisis diacrónico de su organización antes y durante la crisis económica". *Revista Interamericana de Sociología*, no. 2: 201-226.

Lustig, Nora. (1986). "Crisis económica y niveles de vida en México, 1982-1985", ponencia presentada en el Coloquio sobre el estado actual de la educación en México, Ciudad de México: Centro de Estudios Educativos.

Lustig, Nora. (1990). "Economic Crisis, Adjustment and Living Standards in Mexico, 1982-85", *World Development*, Vol. 18, No. 10: 1325-1342.

Paes de Barros, Ricardo, Francisco H. G. Ferreira, José R. Molinas Vega y Jaime Saavedra Chanduvi. (2008). *Midiendo la desigualdad de oportunidades en América Latina y el Caribe*. Washington: Banco Mundial.

Pryer, Jane. (1989). "When Breadwinners fall ill: preliminary findings from a case study in Bangladesh". IDS Bulletin, vol. 20, no. 2: 49-57.

Selby, Henry A., Arthur D. Murphy y Stephen A. Lorenzen. (1990). The Mexican Urban Household: Organizing for Self-Defense. Austin: University of Texas Press.

Schatan, Jacobo. (1986). Nutrición y crisis en México. Problemas del Desarrollo, volumen 17, número 64/65: 139-187.

Artículos de periódico impresos

Aguilera Arévalo, José. (1986). Bajaron las Ventas en las Últimas Alzas. Carne y Huevo a Menor Cotización que la Oficial. El Occidental, 14 de julio de 1986: 1 y 14.

Castro, Hermenegildo. (1985). Descenso del Poder Adquisitivo, La Causa. En los últimos 4 años la desnutrición se ha acentuado. La Jornada, 15 de noviembre de 1985:

Castro, Hermenegildo. (1985). Miles de mexicanos consumen menos tortillas y frijol. La Jornada, 24 de julio de 1987:

Howard, Georgina. (1986). Subieron los Precios más de 2,500% en 8 Años: Banxico. Encarecimiento sobre todo en Ropa, Calzado y Vivienda. El Occidental, 14 de julio de 1986: 1 y 14.

Siglas y acrónimos

CDN: Convención sobre los Derechos del Niño

Conasupo: Compañía Nacional de Subsistencias Populares

ENIGH: Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares

IMSS: Instituto Mexicanos del Seguro Social

IOH: Índice de Oportunidades Humanas

Liconsas: Leche Industrializada CONASUPO, S.A.

UNICEF: United Nations International Children's Emergency Fund (Fondo de Naciones Unidas para la Infancia)